rilis — 1523 — escrita para la instrucción de la Princesa María, hija de la Reina Catalina de Aragón, recomienda entre los autores «*qui pariter et linguam et mores excolunt, atque instituunt; quique non modo bene scire docent, sed bene vivere*», la *Institutio Principis*, el *Enchiridion*, las *Paraphrases*, de Erasmo, «*et alia eius permulta pietati utilia.*» Y en la Epístola II, *De ratione studii puerilis*, recomienda también los *Coloquios*, diciendo: «*Sunt et familiaria colloquia ab Erasmo conscripta, quae non modo utilitatem, sed voluptatem quoque habent haud sane exiguam, ut est vir ille exculto et urbano ingenio.*»

Y basta lo dicho para comprender cuán directa, inmediata y decisiva hubo de ser la influencia ejercida por el Doctor de Rotterdam en el autor de los libros *De disciplinis*.

IV

(1519-1521)

Algo de historia política. — La declamación: 12.) *Pompejus fugiens*—1519.—Excursión á París. — Una chistosa entrevista. — Visita Vives á Guillermo Budeo. — 13.) *Praefatio et Vigilia in Somnium Scipionis Ciceroniani*—1519. — Vuelve Vives á Brujas.—14.) *Aedes legum*—1519. Importancia de este opúsculo. — 15.) *In Leges Ciceronis Praelectio*—1519.—16.) *Declamationes quinque Syllanae*—1520.—Carácter del género declamatorio.—Vives y Tomás Moro.—17.) *Declamatio qua Quintiliano respondetur pro noverca contra caecum*—1521.—Aptitud de Vives para los trabajos forenses.

«Audire magnos iam videor duces,
Non indecoro pulvere sordidos;
Et cuncta terrarum subacta.»

Estos versos del vate venusino se nos vienen á las mientes al repasar la historia de Carlos I. Tumultuosos movimientos en España; guerras con Francia, tan pronto acabadas como reanudadas; guerras en Italia, en Flandes, en Alemania, en Túnez, en Argel, en Méjico, en el Perú, en Chile, en California, en todas partes; tal es el espectáculo que ofrece á nuestra contemplación aquel reinado, sucesor digno del de los Reyes Católicos y dignamente continuado también por el de Felipe II. Pero ese considerable número de conquistas extranjeras, esa extensión deslumbradora de nuestro poderío, ese incesante revolver de los ejércitos nacionales, si aparentemente acrecentaban el brillo de nuestra autoridad, distaban mucho de ser señales inequívocas de sólida grandeza, antes bien preparaban en el interior nuestra futura decadencia.

El 19 de Septiembre del 1517 hace su entrada en España

Carlos I, recibiéndole su hermano el Archiduque Don Fernando, hijo segundo de Felipe *el Hermoso*. Sustituye primero al gran Cardenal Jiménez de Cisneros, y comparte luego con él la Gobernación del reino, el Deán de Lovaina Adriano, después Papa con el nombre de Adriano VI. La desmedida privanza de los flamencos en la dirección del Estado y en la obtención de los beneficios eclesiásticos y empleos civiles, unida al escaso afecto demostrado en un principio por el joven Monarca hacia las cosas de España, motivan general descontento, acrecentado por la exigencia de gravosos tributos. Unas y otras causas promueven el levantamiento de las Comunidades castellanas, y aquella serie de acontecimientos, favorables unos, adversos otros á los comuneros, que comienza con los alborotos y motines de Segovia y Avila, secundados por los de Toledo, Murcia, Zamora, Burgos, Madrid, Guadalajara, Sigüenza, León, Salamanca, Toro, Valladolid y Soria, prosigue con la formación de la Junta de Avila, la ocupación de Tordesillas, la famosa y democrática representación al Monarca y la empeñada lucha entre comuneros y realistas, terminando en la desastrosa derrota de Villalar (1521) (1).

Valencia se resistió más que Cataluña, Aragón y Castilla á reconocer al nuevo monarca, mientras no fuera éste personalmente á recibir el juramento de fidelidad y á prestar el de guardar las leyes y fueros del reino. Por otra parte, cundió también en la comarca edetana el espíritu levantisco de los castellanos, y á la manera de las Comunidades surgieron allí las turbulentas Germanías, movimiento de menor trascendencia en los fines, nobleza en los procedimientos y prudencia en las pretensiones que el gloriosísimo de los comuneros, si bien éste se manchó asimismo con atropellos y desmanes, hijos del apasionamiento de la lucha.

No nos incumbe entrar en detalles acerca de esta agitación, iniciada en Julio de 1519 y sofocada en 1522, pero sí diremos que uno de los muchos caballeros que se manifestaron contrarios á la causa de los agermanados fué, según Martín de Viciana, un Baltasar Vives de Dénia, hijo primogénito de Bartolomé Vives del Vergel y tío de Juan Luis.

Mosén Baltasar Vives, señor del Vergel, estaba entre

los caballeros que acompañaron al Virrey de Valencia, Don Diego Hurtado de Mendoza, cuando en 6 de Junio del 1520 salió de aquella ciudad en dirección á Cocentaina.

Le acompañó también cuando de Játiba hubo de partir para Dénia con el proyecto de organizar fuerzas leales y marchar contra los agermanados. Necesitando recursos para ello, solicitó el Virrey de los caballeros que residían en Dénia, no sólo dinero, sino joyas ó plata para batir moneda con ellas, y en 8 de Junio del 1521 nombró á Baltasar Vives para recibir los préstamos y librar los documentos necesarios.

Bien cara pagó su lealtad Baltasar Vives. Su casa, bienes y señorío fueron saqueados al poco tiempo por las fuerzas de Vicente Peris, cuando la expedición de éste á Dénia en Julio del 1521. Por cierto que al regresar á Valencia los agermanados con los despojos del saqueo, como una de las compañías se rezagase para recoger parte del botín y la ropa del señor del Vergel, cien hombres de Dénia les sorprendieron, matando á muchos y rescatando cuanto llevaban (2).

*
* *

Grandes novedades habían ocurrido también en el extranjero. Francisco I, sucesor de Luis XII, ocupaba el trono de Francia desde 1515. Competidor de Carlos I en lo referente á la posesión de la diadema imperial de Alemania, el resultado de la elección, favorable á Carlos, determinó entre ambos monarcas, desde 1520, dilatada y sangrienta enemistad, acrecentada por sus contradictorias pretensiones á los dominios de Italia.

Por otro lado, la revolución religiosa iniciada por Martín Lutero (1483-1546), comenzaba ya á inquietar seriamente los ánimos. El famoso heresiarca había publicado en Wittenberga, el 31 de Octubre del 1517, sus noventa y cinco tesis teológicas sobre el valor de las indulgencias, ofreciéndose á sostenerlas en público certamen. Había discutido empeñadamente con el dominico Juan Tzetzel; con Silvestre Mazzolini, de Roma; con Hochsträten; con el Doctor Eck y con el Cardenal Cayetano, enviado en 1519 por el Papa León X

con poderes para terminar el asunto. Bien fuera por estas discusiones ó por el abandono en que se halló en un principio, dulcificó Lutero algún tanto su actitud de oposición á Roma, pero rompió abiertamente con ella en el Coloquio de Leipzig, inaugurado en 27 de Junio del 1519.

Durante los años de 1519 y 1520 publicó Lutero su obra favorita: el *Comentario sobre la Epístola de San Pablo á los Gálatas,* el *Comentario sobre los Salmos* y otras producciones, entre ellas la rotulada *De captivitate Babylonica Ecclesiae* (1520). Entonces sostuvo ya casi todas las doctrinas que constituyeron el credo protestante. Afirmó que los méritos de Cristo no son los que determinan el valor de la indulgencia; que la Fe es necesaria á cualquiera que se aproxime al sacramento de la Cena; que la santa Cena no es la Misa, sino la comunión de las almas en padecimientos y gloria con Cristo; que la salvación viene de Dios, no de los méritos del hombre; que la Iglesia no es la institución externa y visible, sino la comunión de los Santos en Cristo; que el primado del Papa carece de fundamento, y que de los Sacramentos sólo son aceptables dos, el Bautismo y la Eucaristía.

Contra el célebre libro *De captivitate Babylonica Ecclesiae* publicó el Rey de Inglaterra Enrique VIII su obra *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum,* obra que le valió del Pontífice el título de *Defensor de la Fe.* Lutero contestó en 1522 con el libro: *Contra Henricum regem Angliae.*

Finalmente, León X, en vista de la tenacidad del monje agustino y de las excitaciones del Cardenal Cayetano y del Doctor Eck, expide su célebre Bula *Exsurge Domine,* (16 Junio 1520) excomulgando á Lutero y sus partidarios. Contra León X escribe entonces Lutero su invectiva *Adversus execrabilem Antichristi Bullam* (3).

Se hallaba, pues, la Reforma en pleno período de efervescencia. Erasmo, que en un principio había ensalzado á Lutero como teólogo, se apartó de él al observar la dirección que emprendía, y hasta le escribió disuadiéndole de publicar nada contra el Papa y exhortándole á predicar la doctrina evangélica con sinceridad y dulzura. Al mismo tiempo que vituperaba los excesos del monje agustino, censuraba la escasa prudencia de sus adversarios, quienes se habían apresurado á condenar en Lutero proposiciones, no solamente ortodoxas, sino piadosas, en San Bernardo y en San Agustín. Preguntaba si era justo castigar á un hombre por haber puesto en tela de juicio cuestiones siempre discutidas con diverso criterio por las diferentes escuelas teológicas, y atribuía gran parte del mal á los teólogos enemigos de las buenas letras. Respetando las decisiones de la Iglesia, acataba la Bula de León X, pero se lamentaba con Sadoleto de que el Papa hubiera tenido malos consejeros, y echaba de menos en la resolución pontificia la dulzura y la serenidad que convenían al carácter del primer Vicario de Cristo (4).

Circunstancia digna de tenerse en cuenta, pues explica las simpatías que gran número de ilustres renacientes como Mélanchthon, Carlstadt, Ulrico de Hutten y hasta en parte el mismo Erasmo, sintieron por la Reforma, es la enemiga profesada por ésta al Escolasticismo y á Aristóteles. Influído Lutero por la mística de San Agustín y de Staupitz, aborrece las sutilezas dialécticas de los Escolásticos y profesa odio mortal al Estagirita: «esa serpiente de mil cabezas de donde han salido los tomistas y los escotistas, que enseña ¡cosa horrible! que toda justificación reside en nosotros mismos.» En su libro *De capticitate Babylonica Ecclesiae* proclama repetidas veces: «*Maior est Spiritus Sanctus quàm Aristoteles*». Entre las 98 tesis teológicas sostenidas por Lutero en 1517, figuran estas dos:

«41. — *Tota ferè Aristotelis Ethica, pessima est gratiae inimica.* Contra Scholasticos.

50. — *Breviter, totus Aristoteles ad Theologiam, est tenebra ad lucem.* Contra Scholasticos» (5).

Y entre las sustentadas en Heidelberga en 1518, se hallan estas otras:

«29. — *Qui sine periculo volet in Aristotele philosophari, necesse est, ut ante bene stultificetur in Christo.*»

«36. — *Aristoteles male reprehendit ac ridet Platonicarum Idëarum meliorem sua Philosophiam*» (6).

Unidas estas doctrinas con las predicaciones contra los abusos cometidos en la disciplina eclesiástica, tan acerba-

mente censurados por los renacientes y en especial por Erasmo, no es de extrañar que los adversarios de los reformistas envolvieran en sus anatemas á luteranos con renacientes muy católicos, como nuestro Luis Vives, en cuyos *Commentaria in XXII libros De civitate Dei Scti. Augustini* hallaron bastante que reprobar.

*
* *

Reanudemos el hilo de la narración.

Hallándose en Lovaina en 1519, escribió Vives una nueva obra, que dedicó en Abril del mismo año á Carlos Carondelet, señor de Potéles, ayo (παιδονόμος) del Cardenal Guillermo de Croy, en cuyo nombre había tomado posesión del Arzobispado de Toledo el 20 de Abril del 1518. La obra era una declamación titulada *Pompeyo fugitivo*, primera muestra de los trabajos retóricos de Vives.

El erudito valenciano Juan Martín Cordero, traductor de Séneca, de los siete libros *De bello Iudayco* de Josefo (Amberes, 1557) de la *Historia* de Eutropio y de la *Christiada* de Jerónimo Vida, publicó en Amberes, en 1556, cierta colección de opúsculos, originales unos, versiones otros del latín, entre los cuales hay uno titulado *Las quexas y llanto de Pompeyo, adonde brevemente se muestra la destrucción de la República romana.*

Indica Cordero que se trata de una traducción, pero calla el nombre del autor, razón por la cual, y por la relativa rareza del opúsculo, ha pasado inadvertido.

Ahora bien; á poco que se compare la versión de Cordero con la declamación de Vives, échase de ver que se trata pura y simplemente de una versión literal del opúsculo *Pompeius fugiens*. El traductor es digno de elogio por lo acertadamente que interpreta los conceptos del original, pero su obra se resiente de algún prosaísmo y se ve bien que Cordero no escribía en castellano con la misma elocuencia que Vives en latín (7).

En Mayo del 1519, con ocasión de acompañar hasta la rontera francesa al Cardenal de Croy, hizo Vives una excursión á París, que relata á Erasmo en los siguientes términos: «Habiendo ido con el Cardenal de Croy hasta la frontera de nuestro territorio, quise pasar á la vecina Francia, y en cortas jornadas llegar á París, para ver á los antiguos amigos que allí conservo y hacer nuevos conocimientos..... Consideraba enojoso contratiempo el haber escrito por aquellos días *Contra los falsos dialécticos*, entre los cuales designaba á los de París. No dudaba, pues, de que muchos de los aludidos, á los cuales se suele llamar *sofistas*, me tendrían en escaso aprecio. Pero todo ha sucedido muy de otra manera de lo que yo, en exceso suspicaz, imaginaba. Llego á París, no fatigado, sino más bien divertido, y por medio de un criado anuncio á los amigos mi llegada. Vuelan á mi encuentro, me saludan cariñosamente y se congratulan de verme. Al siguiente y posteriores días me presentan á los sofistas de mayor renombre. Durante la conversación, como era natural, les hablo de sus estudios y de los míos, procurando cuidadosamente ocultar la existencia de la carta que había escrito á Fort, carta que, decía yo para mis adentros, en mal hora salió de mi pluma. Pero Fort, que estaba presente, no pudo callar por más tiempo el secreto. Todos se echaron á reir, y me aseguraron que no sólo les había parecido bien mi carta, sino que me felicitaban por haber puesto en ridículo aquellas locuras. Me manifestaron que ya los ingenios de París seguían muy distinto rumbo de cuando yo allí estudiaba, y finalmente, que si bien quedaban algunos que ponían en escena ciertas fábulas, no se atrevían á resucitar los personajes antes tan favorecidos, ni las ficciones en otro tiempo tan celebradas (8).»

Entre los españoles que seguían esta nueva senda, menciona Vives al matemático valenciano Juan Martínez Población, al portugués Francisco de Mello, á Gabriel de Aguilar y á un Juan de la Encina (9). Esta transformación, aunque iniciada ya, no se operó por completo hasta muchos años después. Todavía en 1530 reprochaba la Facultad de Teología á la de Artes el preferir el tratado *De inventione dialectica* de Rodolfo Agrícola á la Lógica aristotélica, acusando á su vez la Facultad de Artes á la de Teología, de preferir un artificio sofístico y una dialéctica sutil al es-

tudio de los Evangelios y de los antiguos Padres Cipriano, Crisóstomo, Jerónimo y Agustín.

Durante su estancia en París visitó Vives á Guillermo Budeo (1467-1540), príncipe de los humanistas franceses, á quien tal vez conocía con anterioridad (10). El efecto que la entrevista produjo en Vives fué extraordinario. En la carta á Erasmo antes mencionada hace nuestro humanista calurosísimo elogio de Budeo, maravillándose de la felicísima memoria, profunda erudición y consumada pericia en las lenguas griega y latina del sabio francés, y excitando á Erasmo á que no deje entibiar sus buenas relaciones con el último, ni favorezca los manejos de algunos que procuraban enemistar á los dos humanistas. En efecto, las relaciones entre Budeo y Erasmo, antes tan amistosas, se enfriaron en distintas ocasiones á consecuencia de ciertos piques literarios.

Uno y otro, sin embargo, eran portento de erudición y gloria de su siglo, pero su modo de ser y sus inclinaciones eran bien distintas. El célebre ciceroniano Cristóbal Longolio, en una carta á Santiago Lucas, Deán de Orleans, caracterizó bien ambos ingenios, aunque mostrándose algo parcial por Budeo: — «Creo notar en Budeo — dice — más nervio, más sangre, más vigor; en Erasmo más carne, más color. En aquél observo más exactitud, en éste más facilidad. El uno está lleno de sentencias, el otro de gracias. El primero lo pospone todo á la utilidad, el segundo á la recreación. Se distingue Budeo por su esmero, por su ingenio, por su gravedad, por su dignidad; brilla Erasmo por su arte, su delicadeza, su suavidad, su buen humor. Al uno le amas, al otro le admiras. Erasmo te encanta, Budeo te arrebata. Budeo es feliz en las metáforas, grave en las sentencias, variado en las figuras, sublime; Erasmo es agradable, modesto, florido, abundante, fácil y claro. El primero es siempre el mismo: truena, fulmina, cuando conviene vituperar los vicios de la época; el segundo, hasta cuando ataca las costumbres depravadas, gusta más servirse de remedios suaves que recurrir á los procedimientos violentos. Si Budeo escribiera historia, se parecería más á Tucídides que á Salustio, y Erasmo más á Tito Livio que á Herodoto. Si fuera preciso hacer un poema, el primero sería más trágico, más heroico, más abundante en graves sentencias; el segundo haría mejor una comedia, un poema lírico ó una elegía; se eleva algunas veces, pero más bien por espíritu de imitación que por genial espontaneidad. En suma, el uno parece inspirado por Minerva, el otro está siempre acompañado del coro de las Gracias. Pero escucha ahora lo que echan de menos en ellos las personas que creen haber realizado algún adelanto en las Letras. Se censura en Budeo el ser demasiado perfecto, y en Erasmo el complacerse en sus imperfecciones. El uno, sobremanera escrupuloso, observa en todo las reglas de los antiguos, olvidando con frecuencia para quién escribe y atento sólo á cantar para sí y para las Musas. El otro, dando rienda suelta á su ingenio, piensa que no hay nada tan trivial que no pueda tener lugar acomodado en sus escritos, lo cual perjudica en ocasiones á la belleza del estilo. Budeo prefiere que se adivine lo que quiere decir, á manifestarlo; Erasmo, con su desmedida abundancia, todo lo inunda. El primero es con frecuencia hinchado; el segundo humilde» (11).

Budeo, cuyas prendas morales é intelectuales justifican plenamente la devoción de Vives, gozaba entonces de gran predicamento cerca de Francisco I, cuyo Embajador fué en la Corte Pontificia. Su pasión por el estudio era tal, que se cuenta creyó hacer un gran sacrificio no trabajando más que tres horas el día de su casamiento. Contrajo matrimonio en 1503 con Roberta le Lyeur, de una noble y antigua familia de Normandía. De esta ilustre dama, que murió en Ginebra después de haber adoptado la religión calvinista, habla Vives en el libro II de su *Instrucción de la mujer cristiana*, en estos términos:

«Yo mesmo ha poco tiempo que me hallé en París en compañía de Guillermo Budeo, Secretario del Rey de Francia: pasó acaso por donde nosotros íbamos paseando, su mujer hermosísima, y, cuanto por las señas de toda su persona y cara pude comprehender, me paresció muy honrada matrona, y no ménos sábia: la cual, después que nos hubo saludado, á su marido con aquella debida reverencia, y á mí con la honra que se suele hacer á los amigos de los maridos, yo pregunté á Budeo si era aquella su mujer? Esta es

mi mujer — dijo él — que no sabe hacer sino lo que yo quiero, y con tanto amor trata mis libros, con cuanto á mis hijos, porque me vé estudioso y amigo de ellos» (12).

A instancias de Budeo fundó Francisco I en 1530 el *Colegio de Francia*, cuya dirección quiso encomendar á Erasmo de Rotterdam. En este Colegio se enseñó hebreo, griego y latín, además de Filosofía y Ciencias físicas y naturales.

El tratado *De asse et partibus eius libri V* (París, 1514) de Budeo, muestra de portentosa erudición, y las *Annotationes in Pandectas, tam priores quàm posteriores* (París, 1508), del mismo, no menos notables, llamaron especialmente la atención de Vives, quien prodigó al autor hiperbólicos encomios en los *Commentaria in libros de Civ. Dei* (13). Budeo, por su parte, formó un elevado concepto de Vives, con quien mantuvo en adelante larga correspondencia literaria (14).

*
* *

Otro de los resultados de la visita de Vives á París fué la composición del *Praefatio* y de la *Vigilia in Somnium Scipionis Ciceroniani*. Los publicó en 28 de Marzo del 1520, dedicándolos á Everardo de la Marck, Obispo de Lieja y Arzobispo electo de Valencia (15).

Sabido es que el *Somnium Scipionis* de M. T. Cicerón, conservado por Macrobio al frente de sus dos libros de *Comentarios*, es un episodio del sexto libro *De Republica* del orador romano, obra no conocida en sus diversas partes hasta el presente siglo, gracias al descubrimiento realizado por Angelo Mai.

Aquel episodio, escrito á imitación de otro no menos célebre de la *República* de Platón, juntamente con algunos fragmentos conservados en San Agustín y otros autores antiguos, era lo único conocido en tiempo de Vives de la obra de Cicerón.

Gustaba infinito nuestro filósofo del opúsculo ciceroniano. En esto no le iban en zaga muchos otros renacientes, para quienes era trozo incomparable de elocuencia el hermoso fragmento de la producción ciceroniana. El erasmista valenciano Pedro Juan Oliver escribió también un opúsculo

titulado: *Scholia in Ciceronis fragmentum de Somno Scipionis* (16).

Vives tenía en tanta estima el *Somnium Scipionis*, que llegó á decir de él: — « De este sueño me atrevo á afirmar lo siguiente: Nunca se ha escrito entre los hombres un libro, exceptuando los de nuestra santa religión, en el cual se comprenda más doctrina, más arte, más elocuencia. Ni siquiera una partecilla de la más insignificante rama de la Filosofía falta en este opúsculo.» Dados estos antecedentes, no es de extrañar que Vives leyera y releyera el mencionado *Sueño*. Fruto de estas lecturas fué la obrita en que nos ocupamos.

Viene después la *Vigilia in Somnium Scipionis Ciceroniani*. Está calcada sobre el cuadro del *Somnium Scipionis*, cuya ficción adopta y amplifica Vives, siguiendo punto por punto el plan de Cicerón.

Es tradición que Vives explicó públicamente el *Somnium Scipionis* en las Universidades de París y Lovaina (17). A este propósito refiere Paquot una anécdota que no deja de tener bastante miga: dice que habiendo pedido licencia Vives en 1521 á la Universidad Lovaniense para explicar el *Somnium Scipionis*, el Rector y algunos diputados de aquel centro, á quienes la lectura de Cicerón no era familiar, se echaron á reir al oir la proposición, y le remitieron á la Facultad de quien dependiera la extraña función de explicar los sueños. Según parece, fué menester más de una sesión para dilucidar cuestión tan grave. Al fin se resolvió en favor de la Facultad de Artes (18).

En rigor, hasta este momento sólo ha producido Vives una obra digna de fundamentar su valor como filósofo: la epístola *Contra los falsos dialécticos*. Los demás opúsculos acreditan en alto grado el mérito de su autor como literato y humanista.

*
* *

Entretenido y agasajado por sus amigos permaneció Vives algunos días en París desde el 19 de Mayo del 1519 hasta que, llamado por el Cardenal de Croy, hubo de salir de aquella capital el 3 de Junio, llegando á Brujas cinco días después (19).

Ya antes de esa fecha tenía escrito Vives el opúsculo titulado *Aedes legum—Templo de las leyes*—(20). Lo dedicó al jurisconsulto Micer Martín Ponce, Abogado Fiscal de Valencia, quien en Septiembre del 1520 había sido comisionado, juntamente con Mosén Gaspar Marrades, Generoso, para comparecer en Bélgica ante Carlos I y desvanecer la impresión que hubiera podido dejar en su ánimo el mensaje de los Síndicos de las Germanías, haciéndole ver las maldades que los agermanados cometían diariamente en la ciudad y reino de Valencia, en deservicio de Su Majestad y destrucción de los caballeros.

En distintas ocasiones mostró bien á las claras Micer Ponce su arrojo y bravura, pero en ninguna tanto como en la expedición que contra el *Encubierto* organizó el Virrey á 15 de Marzo de 1522. En aquel combate, que tuvo lugar en los campos de Játiva, fueron heridos: Don Serafín de Centelles, Conde de Oliva, de una pedrada, y D. Juan de Borja, Duque de Gandía, de un saetazo en la mejilla. Martín Ponce, llevado de su arrojo, llegó persiguiendo á los agermanados hasta un paso sin salida, donde recibió la muerte.

La circunstancia de la embajada de Micer Ponce muévele á Mayans á sospechar que Vives tuviera ocasión de conocer al jurisconsulto valentino en Septiembre de 1520, y por tanto que el *Aedes legum* sea de fecha posterior al indicado mes. No obstante, como la obra no se publicó hasta 1521, bien pudo suceder que Vives añadiera la mencionada dedicatoria después de haber escrito el libro y de conocer á Martín Ponce, lo cual es tanto más verosímil, cuanto que Tomás Moro, en carta á Erasmo, fechada en 11 de Junio del 1520, hace expresa mención del indicado opúsculo.

Censuraba Tomás Moro en el *Aedes legum* la obscuridad de muchos vocablos y términos que, si bien probaban la perfección con que Vives poseía el idioma latino, eran demasiado arcaicos para ser entendidos con facilidad aun por los mismos doctos, y echaba de menos alguna breve declaración de aquéllos. Teniendo en cuenta estas consideraciones, obró cuerdamente Mayans al insertar en su edición de Vives una transcripción en latín clásico de las anticuadas frases que pronuncia el viejo guardián del *Templo de las leyes*.

No menos digno de detenido estudio es el opúsculo titulado: *In Leges Ciceronis Praelectio*, introducción á una serie de lecciones dadas por Vives en Lovaina acerca del tratado *De legibus* de M. T. Cicerón. El asunto de la Prelección era tema favorito de nuestro filósofo, quien frecuentemente discutía con su amigo Francisco Craneveldt acerca de las más interesantes cuestiones de la filosofía del derecho (21), ciencia en la que dió aquél los primeros pasos en Valencia, bajo la dirección de Enrique March.

No es conocida con certeza la fecha en que fué escrito este opúsculo. Sin duda es anterior á 1521, toda vez que ya este año consta la publicación de la *Praelectio* por una cita de los *Commentaria in XXII libros De Civitate Dei Sancti Augustini* (22).

***

Vuelto Vives á Lovaina, publicó en Abril del año 1520 las *Declamationes quinque Syllanae*.

Pero antes de esto debemos recordar que, á su vuelta de París, hacia fines de 1519, pasó Vives algunos días en Comines, en el castillo de Jorge D'Halewyn, noble joven que, según es fama, tenía una copiosa y selecta biblioteca (23).

En 11 de Junio del 1520 escribió Tomás Moro (1480-1535) una larga epístola á Erasmo de Rotterdam (24), manifestándole haber leído algunas obras de Juan Luis Vives y quedado maravillado de la erudición del humanista español. Según de esta carta se infiere, aún no conocía personalmente Moro á Vives (25).

El ilustre autor del célebre libro *De optimo reipublicae statu, deque nova insula Utopia* — publicado por vez primera en Lovaina, en casa de Thierry Martens, á fines del año 1516 — se hallaba entonces en Cantorbery. No tardó en salir de esta ciudad para volver á Londres, donde residía en Agosto del 1520, y luego ir á Calais en Octubre del mismo año, formando parte de la comitiva de Enrique VIII, que se trasladaba á Francia para verse con Francisco I en el famoso campo de la *Tela de oro*.

Tomás Moro, acompañado de Cutberth Tonstall, Canci-

ller de Guillermo Warham, Arzobispo de Cantorbery, había estado en Brujas en Mayo del año 1514.

Volvió á la ciudad flamenca en 1521, con ocasión de la entrevista que allí tuvieron durante el mes de Agosto (26) el Emperador Carlos V y Thomas Wolsey, Cardenal de Santa Cecilia y Arzobispo de York. En esta entrevista se concertó un tratado de alianza entre España é Inglaterra, y el matrimonio de Carlos con la Infanta Doña María, hija de Enrique VIII, firmándose el convenio en 25 del referido mes.

En la comitiva del Emperador iba su Secretario Alonso de Valdés, quien quizá entonces entabló amistad con Erasmo y fué conocido de Luis Vives. También formaba parte de la comitiva el ilustre bibliófilo D. Fernando Colón, hijo del Almirante. Al pasar por Lovaina, un domingo 7 de Octubre de 1520, conoció D. Fernando á Desiderio Erasmo, el cual le regaló un ejemplar dedicado del *Antibarbarorum liber*, impreso por Froben en Basilea en el mismo año (27).

Hacia 1521, el inmortal artista Alberto Durero hizo un viaje á Flandes, acompañado de su esposa Inés Frey y de su criada Susana. Estuvo en Amberes, Bruselas, Gante, Brujas y otras ciudades. En Brujas, el gremio de los pintores dió un espléndido banquete en su honor. El Ayuntamiento ofreció al ilustre huesped doce pintas de vino, y, una vez terminado el festín, numerosos comensales acompañaron con hachones al artista hasta su domicilio (28).

A la vez que Moro, Erasmo, Valdés y Colón, se reunieron en Brujas en la indicada fecha otros distinguidos personajes á quienes hubo de ser presentado Vives. Entre ellos estaba Cutberth Tunstall, íntimo amigo de Erasmo, Obispo que fué de Londres y de Durham, autor de unos Comentarios al Apocalipsis y de un tratado *De reali praesentia corporis ac sanguinis Christi in Eucharistia,* escrito en contra de las doctrinas de Lutero. Allí estuvo también por entonces Guillermo de Montjoie, generoso favorecedor de Erasmo, que había dirigido en París los estudios del joven Lord y le había hecho el grande honor de dedicarle la primera edición de sus *Adagia,* esa obra monumental que Budeo calificó acertadamente de *logotheca Minervae* y que tanto admiraba el inmortal autor del *Thesaurus linguae graecae.*

Por esta época conoció Vives al ilustre humanista inglés. La bondad y la dulzura del carácter de Moro, atrajéronle inmediatamente las simpatías del humanista español, y fueron base de amistosas relaciones, bruscamente interrumpidas más adelante por la desgraciada muerte del virtuoso Canciller, acaecida en 1535 (29). Según refiere Vives, explicaba en cierta ocasión la Declamación primera de Quintiliano, titulada *Paries palmatus,* á Juan, Margarita, Isabel y Cecilia, hijos de Moro (30), cuando éste, que se hallaba presente, instó á Vives á que contestara aquella Declamación con otro discurso de su inventiva, por el estilo de aquellas *Declamationes Syllanae* que tanto había celebrado. Resistióse Vives, por creer más digno el ingenio de Moro que el suyo de semejante competencia; pero habiéndole instado aquél en diversas ocasiones á la composición de la obra, cedió por fin, escribiendo la *Declamatio, qua Quintiliano respondetur pro noverca contra caecum,* en la cual nuestro humanista defiende tesis contraria á la sostenida con singular maestría por Quintiliano en su primer *Paries palmatus* (31).

A ruegos también de Tomás Moro, que consideraba muy útil este género de composiciones, escribió Erasmo la obrita que lleva por título: *Erasmi Declamatio Lucianae respondens.* Sostiene Luciano en su Declamación sobre la muerte del Tirano, que quien dió muerte á su hijo merecía la recompensa prometida al que librara de aquél al Estado, pues el Tirano, lleno de desesperación al ver muerto á su hijo, se había suicidado. Erasmo mantiene la tesis opuesta y defiende que el asesino del hijo del Tirano no merece obtener la recompensa ofrecida al que dé muerte al Tirano mismo (32).

La Declamación en que nos ocupamos es un felicísimo ensayo forense de Vives.

Creemos que si Quintiliano, actuando de Fiscal, hubiera pronunciado ante jueces imparciales la declamación que, con mayor ó menor fundamento, lleva su nombre, y Vives, como letrado defensor, hubiera recitado á su vez la oración forense de que tratamos, quizá no habría salido victorioso el autor de las *Instituciones oratorias.*

Bien es verdad que tal y como aparece el hecho en la

Declamación de Quintiliano, parece ser más racional el dictamen favorable al reo; pero también es cierto que Vives despliega una gran habilidad en este discurso, aprovechándose diestramente de las menores circunstancias para mantener la inocencia de la madrastra y la culpabilidad del ciego.

Pero estas tareas no eran una novedad para Vives. Si se ha de atender al Prefacio de las *Meditationes in psalmos poenitentiales*, escritas en 1518, años hacía que nuestro filósofo había demostrado su pericia en este género de materias.

V

(1521)

A instancias de Erasmo, emprende Vives los: 18.) *Commentaria in XXII libros De civitate Dei Divi Aurelii Augustini.*—Muerte del Cardenal de Croy.—Situación de Vives.—Vicisitudes de la composición de los *Commentaria;* códices que Vives tuvo presentes; publicación de la obra; suerte que tuvo.—Dedicatoria de los *Commentaria* á Enrique VIII de Inglaterra.—Erasmo en España.—Los anti-erasmistas.—¿Qué pensó Vives acerca de la *heterodoxia* de Erasmo?—Proyectos de Vives.

Grave olvido padeció Pierio Valeriano al no incluir entre las narraciones contenidas en su original opúsculo *De litteratorum infelicitate* la de los infortunios de Vives. Acreedor á tan triste gloria era, ciertamente, el humanista español, por lo que se verá en el presente y posteriores capítulos de este deshilvanado relato.

Versado Erasmo en la lectura de las obras de los Santos Padres, había pensado en publicar ediciones críticas y completas de las mismas. En 1520 dió á luz en Basilea, en casa de Froben, las producciones de San Cipriano, aumentando la colección con varias obras inéditas, distinguiendo las auténticas de las apócrifas y añadiendo breves anotaciones. En 1524 da fin á su laboriosa empresa de restituir y purificar el texto de las obras de San Jerónimo, por quien sentía profunda y tal vez exagerada admiración. Comenzó la publicación en 1516, siendo también Froben el impresor, y la terminó en la indicada fecha con la ayuda de Reuchlin, Beato Rhenano, los Amerbach y Conon de Nuremberga. La edición, á pesar del enorme trabajo que suponía y de la